

ARTIGOS

DIÁLOGOS Y CONFLICTOS SOBRE INVESTIGACIÓN EN SEXUALIDAD¹

Marcio Caetano²

Jimena de Garay Henández³

Resumen: El presente ensayo pretende pensar el campo de producción de conocimientos que criticó el sistema epistemológico dominante basado en la universalidad. Nos enfocamos en las contribuciones feministas a las transformaciones que han ocurrido en los paradigmas científicos, los discursos políticos y las prácticas sociales, especialmente en lo respectivo a la concepción de la diferencia y la desigualdad en el escenario académico, así como en la flexibilización de las fronteras disciplinares. En un primer momento del texto, problematizamos los proyectos de construcción de identidades (sexuales). Posteriormente, presentamos algunas discusiones en torno a los gobiernos dicotómicos de géneros y las inestabilidades proporcionadas por las sexualidades. Por último, pensamos algunas posibilidades de investigaciones en sexualidades.

Palabras clave: investigación; sexualidad; epistemología; feminismo

INTRODUCCIÓN

Desde su origen, y especialmente a partir del siglo XIX, la racionalidad desarrollada por el pensamiento de la Ilustración ha sido criticada vigorosamente. Sin embargo, fue en el transcurso de los años 1960, con la emergencia de la política de las “minorías” y el reconocimiento de múltiples puntos de vista y diversos sistemas epistemológicos, que se criticó más el universalismo iluminista. Las feministas, las movilizaciones estudiantiles, los movimientos de la contracultura, la lucha por los derechos civiles y las movilizaciones revolucionarias de los países neo-colonizados y en desarrollo, presentaron otros sujetos sociales.

¹ Ese ensayo forma parte de las reflexiones desarrolladas en las tesis e investigaciones de sus autoras/es que fueron y son financiadas por el CNPq y Proped-UERJ/PNPD-CAPEs.

²

³



A partir de ese desdoblamiento, el campo de producción de conocimientos asumió, entre otras, la característica de flexibilidad de las fronteras disciplinares y metodológicas. En ese escenario, los discursos totalizadores se vieron fragilizados y cualquier intento de delimitación del conocimiento y de universalidad se empezó a rebatir. La mayor configuración de dicha situación fue, sin duda, la posmodernidad. Este principio epistemológico es una forma de ver, vivir y conocer el mundo con valores culturales y sociales diferentes en relaciones y concepciones distintas e incluso contradictorias. Nos parece que la diferencia y el modo de relacionar valores desarrollaron otras sensibilidades humanas, entendidas como la capacidad de experimentar y de (auto) inventar (se) en identidades. Se debe resaltar que pensar las identidades significa anclarse en algo creado, construido, imaginado y diseminado a partir del discurso de las experiencias y que, en cada momento, busca consolidarse en performatividades.

Sin duda alguna, una de las mayores contribuciones feministas a las investigaciones académicas fue el concepto de género. No cabe duda que el feminismo, con su diversidad de reflexiones y prácticas, se convirtió en uno de los paradigmas transformadores del pensamiento y de los comportamientos sociales y políticos del mundo a partir de las últimas décadas del siglo XX. Sus contribuciones han formado un cuerpo teórico que ha transformado todos los campos del conocimiento y ha incidido tanto en los discursos políticos como en las prácticas sociales.

La insurgencia del concepto de género por las feministas se inscribió en un momento de grandes alteraciones entre las ciencias y no estaba ausente del debate político envolvente en el contexto de posguerras y movimientos sociales emergentes en innumerables partes del mundo. Al ponderar al sexo como un hecho que debe desenmarañarse, en vez de un factor explicativo por sí mismo, el concepto de género correspondía, en el plano práctico-teórico-práctico, al propósito de introducir la cuestión de las diferencias entre los sexos al interior de la agenda de las investigaciones académicas y de la elaboración de marcadores para las políticas públicas, retirando los cuerpos sexuales del dominio exclusivo de la biología y orientando sus análisis a las condiciones históricas y sociales de producción de cultura.

La categoría de género reemerge como una clave para problematizar las desigualdades orientadas por el sexo, y, sobre todo, como un dispositivo epistemológico para producir conocimiento frente a los saberes hegemónicos que buscaban, en los discursos biológicos, las razones para limitar la ciudadanía a partir del sexo (WEEKS, 1998). Los movimientos que se relacionan con el eje sexualidad-género, no están de ninguna manera unificados, y tampoco son coherentes en sus medios y fines. No obstante, han introducido otros elementos centrales a la



política al construir otras “comunidades” de intereses, otros agrupamientos, otras identidades y otros principios políticos. ¿En qué resulta esto? En la expansión política para incluir no solamente otros y nuevos movimientos, sino también otra gama de preocupaciones académicas por asuntos que hasta entonces habían parecido microscópicamente personales ante las miradas intelectuales, tales como los asuntos respectivos a la salud, el cuerpo, lo erótico, los valores, los placeres y el ámbito doméstico.

Desde esta otra mirada sobre y con el mundo, el campo de producción del conocimiento asume, entre otras, la necesidad de flexibilizar sus fronteras disciplinares, epistemológicas y metodológicas. Es la posibilidad de complejizar cualquier intento de delimitación del conocimiento a una universalidad, por esto mismo, siempre arrogante. Pensamos que la sensibilidad posmoderna, con otras palabras, es una forma de ver, de vivir y de conocer el mundo en sus relaciones, lo que coloca a los diferentes saberes y los valores socioculturales en constante confrontación, al establecer relaciones entre concepciones distintas e incluso contradictorias, negando la dicotomía.

Algunas y algunos pueden estarse preguntando cómo buscar la flexibilidad como camino epistemológico y un lenguaje científico más cercano a los sujetos. Lo que proponemos es problematizar infinitamente los saberes y las diferencias, evitando la naturalización dogmática y divina, en la cual los saberes modernos emergieron como alternativas. La potencialidad de la alteridad y el modo de relacionar infinitamente los valores diferentes pueden desarrollar una nueva sensibilidad de hombre y de mujer, entendida como la virtud de experimentar de dónde emergen las identificaciones y las relaciones que van a ser siempre construidas por los sujetos. Para esto, es necesario fortalecer otros caminos metodológicos y epistemológicos para la producción de conocimiento. En otras palabras, proponemos una ciencia de comprensión, en la que el conocimiento sea íntimo y que no nos separe, sino que nos una personalmente y de forma responsable y solidaria a lo que estudiamos y problematizamos. En este sentido, buscando comprender y subsidiar las investigaciones sobre las dimensiones políticas de las sexualidades, dividimos este ensayo en tres partes. En un primer momento, problematizamos los proyectos de construcción de identidades (sexuales). En la segunda sección presentamos algunas discusiones en torno a los gobiernos dicotómicos de géneros y las inestabilidades proporcionadas por las sexualidades. Hecho esto, finalizamos el texto pensando las posibilidades de investigaciones en sexualidades.

INVENCIONES DE SÍ



Existen innumerables justificaciones y mitos del origen de los términos apropiados para designar las lesbianas, gays, bissexuales, travestis, transexuales y intersexuales - LGBTI. Esta situación nos remonta a las aportaciones de Foucault (1988), cuando el autor señala que los estatutos médico-psíquicos no son lo suficientemente fuertes si intentan hacer funcionar y programar sus saberes solos. Su eficiencia depende, si desean producir comportamientos masivos, de otros mecanismos de poderes y saberes. En este caso, los conocimientos jurídicos y sus secuelas en las políticas públicas, así como el apoyo religioso, son compañeros fundamentales en esta carrera por la normatización de comportamientos masivos y cierran un ciclo de gobierno eficiente sobre la masa. Este mecanismo asume un carácter central cuando pensamos el gobierno sobre las sexualidades e identidades LGBTI. Estos discursos caminan entre una ley social creada y recreada por los discursos (normatizada) hasta constituirse en ley natural (normalizada), atravesándonos al punto de constituir parte de nuestra existencia al alojarse en nuestro inconsciente. En este caso, un inconsciente que se constituye y pierde con y en la cultura, con la naturalidad de las configuraciones sociales, y que no tiene nada que ver con un discurso psicoanalítico.

Escribir sobre sexo⁴, independientemente de la atribución (natural y/o cultural), es producir discursos sobre el control y las prácticas pedagógicas sobre la sexualidad. Esto es tan significativo que incluso después de la despatologización de la homosexualidad, otros discursos buscaron nuevamente llevar la práctica homosexual a los límites médico-científicos. En la misma década de la despatologización, la epidemia de SIDA se agregó a los discursos sobre el cuerpo gay.

La desinformación aliada a la publicidad de los primeros diagnósticos de la enfermedad se dirigió de inmediato al público homosexual masculino. En este contexto, asumir públicamente esta identidad era reconocer también la tutela del “cáncer gay” o “peste gay”, como se conocía a la enfermedad en la mayor parte de la década de 1980. Como si no bastaran los discursos que alimentaban la construcción de un cuerpo enfermo y la represión que restringía el afecto o sociabilidad, los gays eran tatuados con otras marcas, ahora las oriundas de la epidemia. El agregado de la enfermedad a discursos religiosos profundizaba la idea de que el amor homosexual era pecado y que, por lo tanto, el SIDA sería el “castigo de Dios”. Sin embargo, los estereotipos producidos en torno al SIDA y localizados en los cuerpos

⁴ Las cirugías estéticas, los implantes de silicón y la “lipoescultura”, así como las manipulaciones genéticas, las técnicas de procreación y la posibilidad de la clonación humana, pueden ser pensadas como nuevos intentos de modificar el enigma del sexo y transformar en cuerpo en el soporte de la creación e invención del sujeto.

homosexuales solamente son un lado de este escenario, ya que, por otro, la epidemia fue sin duda la mayor mancha realizada en la masculinidad hegemónica en los últimos 40 años. En casi toda la década de 1980 y 90, esta denunciaba o aproximaba a sus portadores de las prácticas homosexuales.

En el cotidiano de la epidemia, era común dudar de la heterosexualidad (de cierta forma de la masculinidad) de un sujeto solamente porque era portador de VIH. En otras palabras, en la década de 1980 y gran parte de la década de 1990, SIDA y homosexualidad masculina eran sinónimos. Fue así que varias personalidades y artistas fueron forzosamente obligados a salir del armario. Uno de los casos más emblemáticos fue la del actor estadounidense Rock Hudson⁵, el símbolo hollywoodense de virilidad y masculinidad (características hasta entonces exclusivas de los heterosexuales) que protagonizó innumerables películas, programas de televisión y algunas obras de teatro al lado de actrices como: Yvonne De Carlo, Elizabeth Taylor y Doris Day. Encarado como símbolo de belleza y poseedor de un tono de voz grave que encantó al director Raoul Walsh, Rock Hudson fue sin duda el mayor personaje del SIDA en el Occidente, y tal vez uno de los mayores golpes en el ideal de masculinidad (SPARGO, 2004).

Más allá de manchar las masculinidades heterosexuales y homosexuales, la movilización social en torno a la epidemia fue fundamental porque desplazó, de forma bien problemática, los discursos sobre los sujetos homosexuales más allá de aquellos cuerpos que eran identificados como el “marica” o la “lencha” del barrio. La constitución de los términos gay y lesbiana emerge como alternativa a categorías creadas por el saber médico. Esta energía y este impulso por clasificar y categorizar han llevado a muchos/as historiadores/as a decir que el surgimiento de distintas categorías sexuales a lo largo de los tres últimos siglos (XIX, XX y XXI) es una consecuencia de un esfuerzo continuo por alcanzar el control social. No obstante, así como piensa Norma Mogrovejo (2008), consideramos que es más contundente ver el surgimiento de identidades durante este periodo como producto de la lucha contra las normas prevalecientes que indiscutiblemente tienen diferentes efectos sobre hombres y mujeres. Los sexólogos no inventaron al homosexual o a la lesbiana, sino que intentaron traducirlos en su propio lenguaje, patologizándolos.

Aunque la sexualidad asuma configuraciones fluidas, inestables, inacabadas y sobre todo locales, la amplia divulgación y aceptación de esas categorías se inscriben en un contexto de creciente impacto de la globalización económica y social, en un mundo en que, cada vez

⁵ En el 2009, los cineastas alemanes Andrew Davies y André Schafer produjeron el documental “Rock Hudson – dark and handsome stranger”. El documental narra la historia de las secuelas del VIH en la vida del galán que asumió su identidad gay en los últimos años de vida.



más, lo que sucede en una cultura tiene gran influencia sobre las demás esferas de la vida. Este escenario nos describe, por un lado, la situación productiva de identidades y nos sugiere que los discursos (entre estos, aquellos que emergen con la ciencia) tienen el poder de crear y convertir en sentido común sus nomenclaturas; por otro lado, un esfuerzo activista de contrariar la heterodesignación hegemónica, a la que las sexualidades disidentes fueron y son sujetas desde el siglo XIX con las narrativas científicas. Son esfuerzos para lograr categorías más exentas de sus descripciones históricas.

La necesidad ilimitada de nomenclatura vivenciada por los sujetos y reflejada en los movimientos sociales, también se inscribe en respuesta a los límites impuestos por la modernidad a sus sexualidades y al empobrecimiento de la heterosexualidad como status de referencia. Esta tumultuada configuración nos permite afirmar que en este momento buscamos vivir sin contornos identitarios fijos, y que nuestras relaciones sociales son fluidas y construidas con sujetos que participan momentáneamente por intermedio de dichos contornos; a su vez, estas situaciones interpelan nuestros planes profesionales y nuestras relaciones afectivas y afectivo-sexuales.

Este enmarañado de formas influye en los modos en que nos percibimos, nos articulamos y nos narramos en nuestras redes de sociabilidades; nuestros destinos ya no son trazados en el nacimiento, estos son constituidos en respuesta a nuestras necesidades casi inmediatas. Con infinitas posibilidades y estilos de vida, el locus cisheteropatriarcal, debido a su fragilidad, se constituye como un cuerpo que lo vuelve discursivamente rígido y a cualquier movimiento fuera de sus expectativas, lo localiza en el marco de la duda.

No podemos negar la visibilidad que LGBTI y otras identidades, de forma y modos diferentes entre ellas, están alcanzando en la sociedad latinoamericana. Las acciones de visibilidad masiva, proporcionadas por los desfiles del Orgullo LGBTI en distintos países, atribuyen un carácter internacionalista al movimiento. De hecho, estas visibilidades identitarias, por ser de modos y formas diferentes, se traducen en diferentes (ausencias de) derechos.

Debe verificarse que esta proyección identitaria no ocurrió de la misma forma y en la misma intensidad entre las identidades políticas que involucran los estilos de vida, el alejamiento de la visibilidad LGBTI del estilo de vida del “maricón” y de la “lencha” se da en el sentido de borrar estos cuerpos referenciales de la homosexualidad. La matriz de visibilidad, hasta el momento, está anclada en el hombre/gay.

En la dinámica del reconocimiento público, de la legibilidad política, de la desconstrucción y construcción de sus identidades, la mayor parte del movimiento LGBTI

adoptó, en mucho, la fórmula conocida de Estados Unidos. El movimiento social se interesó interesado desde el inicio en probar la normalidad de sus prácticas y la constitución de sus identidades, sin que para esto cuestionara al androcentrismo o la heterosexualidad obligatoria. Este modelo de activismo, por ejemplo en los Estados Unidos, fue criticado principalmente por las lesbianas. Al analizar la movilización homosexual de San Francisco (EUA), en 1977, contra la campaña anti-gay liderada por Anita Bryant, Adrienne Rich (1983) afirma que:

Por otra parte nos encontramos frente a la cultura patriarcal homosexual, una cultura creada por hombres homosexuales en la que se reflejan muchos estereotipos machos como son la sumisión y dominación como modos de relación, la separación entre lo sexual y su correlato emocional, en definitiva, una cultura teñida de un profundo odio hacia a las mujeres. La cultura “gay” masculina ha ofrecido a las lesbianas la imitación de roles estereotipados de “marimacho” y “femme”, de “activa” y “pasiva”, [...] ni la cultura heterosexual ni la gay han ofrecido un espacio para las lesbianas donde puedan descubrir lo que significa auto valorarse, quererse a sí mismas, estar identificadas con el ser mujer y no ser una imitación del hombre ni su objetivación opuesta. (RICH, 1983, p. 266).

Si es verdad que parte significativa de los movimientos sociales reproducen las prácticas heteronormativas y androcéntricas que validan toda la carga de prejuicios que están obligados a enfrentar, tendremos que asignarlos a aquellos autoritarios que buscan en el gobierno del cuerpo, la eliminación de la autonomía. La ciudadanía tiene que estar al servicio de sus usuarias y usuarios, debe asumir los contornos conceptuales necesarios para los colectivos de sujetos, por más reducida que sea esta estructura representativa, y no al contrario. Como sabemos, el concepto de ciudadanía es orgánico y, por lo tanto, se viene alterando significativamente a lo largo de la modernidad, sobre todo debido a los desdoblamientos del capital, de la industrialización, de los países recién emancipados y de los movimientos sociales insurgentes. A primera vista, podríamos decir que, en la negociación, los sectores necesitan flexibilizar sus demandas, pero seguramente, en el caso de las LGBTI, parece que el conservadurismo y/o el “miedo” contaminaron las posibilidades rebeldes de este movimiento. Concordamos con Butler (2003) en que necesitamos reír de las cosas serias porque si no lo hacemos vamos reproducir o redimensionar, sin destituir o destruir, los criterios que históricamente nos ignoraron en los espacios sociales y elevaron la racionalidad moderna al nivel del aceptado como conocimiento y el modo correcto de hacer político.

Las prácticas políticas adoptadas por la mayoría del movimiento social LGBTI, al aproximarse de estos modelos modernos de ciudadanía, retroalimentan la necesidad de su propia existencia, cuando deberían proyectarse hacia su extinción. Al aliarse a estos modelos, mantienen por fuera de la ciudadanía a los “maricones” y a las “lenchas”, al paso que deberían

desea la ampliación de la ciudadanía de modo que esta abarque a todos y todas las identificaciones.

La aproximación de los movimientos sociales al mercado (los desfiles del Orgullo son expresiones de esa alianza) sin duda permitieron pluralizar las imágenes y desestabilizar, en intensidades diferentes, los discursos hegemónicos de casi todo el siglo XX sobre sus identidades. Sin embargo, debe destacarse que el mercado promovió la asimilación de la cultura gay y lesbica a la cultura nacional más homogénea, incentivando de cierta forma la diferencia, no obstante, únicamente en los aspectos en que sirvieron para establecer un segmento de mercado. Para ser socialmente aceptados, los gays, las lesbianas y los y las travestis y transexuales tuvieron que minimizar sus diferencias en relación a la sociedad más amplia, a negar radicalmente sus estereotipos y naturalizar sus estilos de vida. Monique Wittig (2006), al cuestionar la división entre hombres y mujeres, trae elementos que podemos reflexionar sobre esta estrategia. Según la autora:

(...) al admitir que hay una división “natural” entre mujeres y hombres, naturalizamos a historia, asumimos que “hombres” y “mujeres” siempre han existido y siempre existirán. No sólo naturalizamos la historia sino también, en consecuencia, naturalizamos los fenómenos sociales que manifiestan nuestra opresión, haciendo imposible cualquier cambio. (WITTIG, 2006, p. 33).

Estas estrategias no sugieren cuestionar la raíz de las categorías LGBTI y heterosexuales que no son naturales, tal como las categorías “hombres” y “mujeres”, y sí políticas. Con esto, no sugerimos deshacerse de esas categorías, pues cada una de esas identidades lleva en sí historias de luchas y de redimensionamientos etimológicos. Reconocemos que no existe lucha posible para alguien que está privado de identidad; nosotros/as carecemos de una motivación interna para el momento de la lucha, pero nuestra primera tarea, nos parece, es siempre tratar de distinguir cuidadosamente entre las identificaciones⁶ y los mitos políticos de las identidades. El equipamiento no existe fuera del discurso político y, por eso, en varios momentos, parece reivindicar un cuerpo duro y fijo. Problematizar la necesidad de los mitos, sobre todo de los que buscan un origen en la naturaleza, es una estrategia política que podrá proporcionarnos formas más libres de vivir nuestras experiencias político-sexuales.

El diálogo realizado por Butler (2003b) con Beauvoir, Wittig y Foucault puede darnos pistas de posibles caminos para salir de este callejón sin salida. Judith Butler revisa la obra “El

⁶ La variabilidad performativa (en la que los deseos o las fantasías sobre una determinada identidad realizan performances de identificación, o sea, lecturas individuales sobre la identidad) presupone el ejercicio de libertad, condición central para la invención de sí, la creatividad de las cosas y la sexualidad.



segundo sexo”, de Simone Beauvoir, y al hacerlo llama al diálogo a Monique Wittig y a Michel Foucault con el propósito de reformular al sexo como proyecto cultural. “No se nace mujer, se llega a serlo”, tal vez la frase más conocida del libro “El segundo Sexo”, de Beauvoir, fue reiterada por Butler. Sin embargo, al retomar la frase, la filósofa estadounidense llama la atención al hecho construccionista implicado en el verbo “llegar a ser”. El verbo contiene, no obstante, una ambigüedad consecuencial. No solo estamos contruidos/as culturalmente, sino que en cierto sentido nos construimos a nosotras/os mismas/os a través de las lecturas que realizamos de los mecanismos de formación disponibles en la cultura, afirma Butler. Lo que postula la filósofa la localizaría en oposición a Beauvoir, sin embargo, la filósofa afirma que para Beauvoir “llegar a ser mujer” es un conjunto de actos intencionales y apropiados, la adquisición gradual de ciertas destrezas para asumir un estilo y un significado corporal culturalmente establecido (2003b, p. 303). Es justamente en el camino de “llegar a ser” mujer que Butler observa la grieta en el “determinismo” ‘beauvoiriano’. Al observar la grieta, Butler realiza la pregunta: ¿Cómo puede ser el género una cuestión de elección y al mismo tiempo condicionada por la cultura?

Para Butler, Wittig amplía la teoría de Beauvoir sobre la ambigua naturaleza de la identidad de género, o sea, ese “yo” cultural que llegar a ser, sin embargo, parece haber existido siempre. Aunque distintas en aspectos cruciales, las posturas de Beauvoir y Wittig sugieren en común una teoría de género que intenta dar sentido cultural a la existencia de la “elección”. El género se convierte en el *locus* corpóreo de significados culturales. El contexto de la “elección” pasa a significar un proceso corpóreo de interpretación dentro de una red de normas culturales profundamente establecidas. En otras palabras, las identidades de género no son dadas, sino que resultan de una construcción que, a pesar de realizada por el sujeto, usa los ‘ladrillos’ y ‘concreto’, es decir, los elementos culturalmente disponibles (repertorios) para la construcción del efecto.

Para Butler, la idea de Beauvoir y de Wittig de que de algún modo elegimos nuestro género, rompe con el principio ontológico de los sexos, en el cual estos están enraizados en el cuerpo. Si de antemano siempre estamos siendo interpelados por los géneros, inmersos en los géneros, ¿qué sentido tiene decir que elegimos lo que ya somos? La tesis de Beauvoir parece tautológica, en la medida en que postula un “yo” anterior al género, que al cuidar de sí, elige el género. Esto parece, según Butler, adoptar una visión cartesiana del “yo”. Sin embargo, Butler dice: “Si la afirmación de Beauvoir desea tener fuerza, si es verdad que ‘se llega a ser’ el género a través de algún conjunto evolutivo y apropiado de actos, entonces Beauvoir debe querer decir

algo distinto al acto cartesiano” (2003b, p. 305, traducción libre). Sobre esta cuestión, Butler dice: “que la acción personal sea un prerequisite lógico para adoptar un género no presupone que esta acción, en sí, sea desencarnada, es decir, que no tenga cuerpo, desde luego, lo que llegamos a ser es nuestro género y no nuestro cuerpo (2003b, p. 305, traducción libre)”.

El concepto de Beauvoir de “llegar a ser” parece la radicalización y una concretización de la formulación sartreana de existir. La tensión de su teoría no reside entre estar “en” o “más allá” del cuerpo, sino la translación del cuerpo natural al cuerpo cultural. Sin embargo, no nacer mujer y sí llegar a ser una, no implica libertad. Decimos de paso que para Beauvoir “la lesbiana” es la única posibilidad electiva, como actividad política y en condiciones de libertad, de oposición y transcendencia a la opresión del patriarcado.

¿Cómo entender la elección de género en la teoría de Beauvoir?, pregunta Butler. Beauvoir parece apoyarse en esta noción de elección cuando se refiere a la evolución de género. No es posible asumir un género en un instante. Este se trata de un proyecto sutil, estratégico, trabajoso y, en su mayor parte, encubierto. Llegar a ser es un proceso impulsivo, aunque cuidadoso al interpretar una realidad cultural cargada de prescripciones. Asumir determinado cuerpo, vivir o vestir el propio cuerpo de determinada manera implica un mundo de estilo ya establecido. Elegir un género es interpretar las normas recibidas de modo tal que lo reproduce y lo organiza en lo nuevo.

Para Butler, el análisis que Beauvoir desarrolla hace que el cuerpo se apoye en la situación cultural en la cual los hombres tradicionalmente han sido asociados a la existencia humana no corpórea o trascendente y las mujeres a la característica de la existencia humana corpórea e inmanente. Con esta situación, Butler trae otra categoría/expresión de Beauvoir a su texto: la “noción de cuerpo como situación”. Para ella, “el cuerpo como situación” en Beauvoir carga en sí un doble significado: 1. Como locus de interpretación cultural (el cuerpo es una realidad material que se ha localizado y definido dentro del contexto social); 2. El cuerpo también es la situación de tener que asumir e interpretar ese conjunto de interpretaciones recibidas.

Para Wittig, el “sexo” tiene lugar dentro de un enmarañado político y lingüístico que requiere que este siga siendo diádico. La demarcación de la diferencia sexual no precede a la interpretación de esa diferencia. Esta demarcación es en sí misma un acto interpretativo cargado de supuestos normativos sobre un sistema de género binario. Para Butler, Wittig se da cuenta de que su postura es contra-intuitiva, pero lo que desea exponer es precisamente la educación política de la intuición, o sea, de la naturalidad de los sexos y de la heterosexualidad.



Cuando creamos la diferencia sexual, restringimos nuestro entendimiento de las partes sexuales a aquellas que ayudan en el proceso de reproducción, convirtiendo a la heterosexualidad en una necesidad ontológica. Lo que distingue los sexos son esas características anatómicas, que se refieren a la reproducción directamente o se construyen para ayudar en su éxito eventual. Wittig argumenta que la capacidad de respuesta sexual del cuerpo se restringe por la institucionalización de la diferencia sexual binaria. Ante este diálogo, Butler pregunta con Wittig: ¿por qué no nombramos con características sexuales nuestras bocas, manos y culos?

Para Wittig (2005), la categoría “mujer” solo existe para servir a los intereses del régimen heterosexual patriarcal. Así como Beauvoir (1975), Monique Wittig (2006) rechaza la biologización del femenino. El carácter naturalizador de las categorías “hombre o mujer” implica una naturalización de la propia opresión y de los fenómenos que son históricos y políticos. La opción de Wittig fue la desconstrucción de la categoría mujer, sugiriendo a las feministas que analicen las categorías “mujer” y “hombre” como políticas del patriarcado y no como grupos naturales. Y de este modo, reformular no solo el concepto de feminismo, sino también sus estrategias políticas.

Butler afirma que, igual que Beauvoir, Wittig entiende género como una prescripción y una tarea. En efecto, el género es una norma que nos esforzamos en encarnar. Parafraseando las palabras de Wittig: hemos sido obligados/as, en nuestros cuerpos y, por supuesto, en nuestras mentes, a corresponder características por características, las ideas y ideales de la naturaleza... creado por el hombre universal moderno. Lo que experimentamos en nuestros cuerpos como “hombre” y “mujer” son categorías políticas y las hacemos de forma natural. Al diferenciar las criaturas, del modo como hacemos, recapitulamos la heterosexualidad como una precondition de la identidad humana, y proponemos esta norma disfrazándola de hecho natural.

En este sentido, la marca del sexo tiene normas de cortesía y etiqueta, se prescriben y proscriben maneras de hacerla legible. Las conductas sexuales son, por lo tanto, conductas sociales y ganan carácter cultural y al perderse en las expectativas de géneros, asumen la falacia de natural. Históricamente, el sexo fue entendido por el discurso biológico como el conjunto de características genéticas, anatómicas y hormonales que distinguen el XY (macho) del XX (hembra). Sin embargo, esa misma palabra se usa comúnmente para designar al órgano anatómico sexual y a la relación genital entre personas, incluyendo o no la penetración. No obstante, entendemos el sexo (hombre/mujer) como un hecho social marcado por el significado cultural, y no simplemente un acto, una anatomía (pene/vagina) o una función biológica de



carácter reproductivo. Si aceptamos el entendimiento sobre el cuerpo como una situación cultural, entonces la noción de cuerpo y sexo natural se hace cada vez más sospechosa. En este sentido, al dialogar con Beauvoir Butler (2003b) nos señala que el género es una forma de existir del propio cuerpo y el cuerpo es una situación, un campo de posibilidades de invenciones culturales que se reciben y se reinterpretan (al mismo tiempo). Entonces, con este diálogo, tanto género como sexo parecen ser cuestiones culturales. Si el cuerpo ‘natural’ – y el “sexo” natural – es una ficción, la teoría de Beauvoir citada por Butler, parece decir que sexo fue género todo el tiempo. Al cuestionar la división entre hombres y mujeres, Butler recuerda que Wittig trae elementos a partir de los que podemos reflexionar la naturaleza de los deseos⁷ e identidades. Según la autora,

[...] al admitir que hay una división “natural” entre mujeres y hombres, naturalizamos la historia, asumimos que “hombres” y “mujeres” siempre han existido y siempre existirán. No sólo naturalizamos la historia sino también, en consecuencia, naturalizamos los fenómenos sociales que manifiestan nuestra opresión, haciendo imposible cualquier cambio (WITTIG, 2006. p. 33).

Wittig concibe una sociedad sin sexo, argumentando que el sexo, igual que la clase, es un constructo que debe derrocar. Así, para Butler, Wittig exige una transcendencia del sexo, aunque la filósofa estadounidense hace otra lectura de la feminista francesa, diciendo que así como la transcendencia, es posible otra lectura, en la cual ella propone la disolución de las restricciones binarias a través de la proliferación sexual.

Para Wittig, la lesbiana es la única alternativa al juego binario de los sexos. El discurso binario entre hombre y mujer agota las posibilidades y se relaciona entre sí como opuestos complementarios. Wittig argumenta que una lesbiana no es una mujer, porque ser una mujer significa fijarse en una relación binaria con un hombre (puesto que también es asumido por el gay). Wittig no argumenta que la lesbiana sea el otro del sexo, pero afirma que la “Lesbiana es el único concepto que conozco que está más allá de las categorías de sexo (mujer y hombre), pues el sujeto designado (lesbiana) no es una mujer ni económicamente, ni políticamente, ni ideológicamente (WITTIG, 2006, p. 43, traducción libre)”. Sin embargo, para Butler, cuando Wittig describe a la lesbiana en oposición binaria a la relación “hombre/mujer”, el hecho de estar más allá de la oposición (transcendente) sigue siendo un modo de estar relacionada en la oposición binaria con la heterosexualidad. Con el fin de que la lesbiana evite esta encrucijada,

⁷ Aunque que sea contradictorio, no confiamos en el deseo, en el sentido en el que no creemos que hay un deseo anterior a un conjunto de normas o acuerdos sociales que lo haga libre. Vemos el deseo tal como a la identidad: precedido de interpelaciones normativas.



Butler sugiere que ella debe convertirse en un fenómeno cultural múltiple, o sea, sin esencia. Así, el programa político para superar las restricciones binarias debería preocuparse por la innovación cultural más que por el mito de la transcendencia. Es en este juego que Butler aproxima a Foucault de Wittig. Para Butler, la teoría de Wittig encuentra apoyo en el primer tomo de “Historia de la sexualidad”. Al criticar la configuración binaria de poder y el modelo jurídico de opresor y oprimido, Foucault ofrece algunas estrategias para la subversión de la jerarquía de género. Igual que Wittig, Foucault rechaza el “sexo natural”.

En la perspectiva foucaultiana, el sexo no solo funciona como norma, sino que también es parte de una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna. Él es el discurso cuya fuerza se manifiesta como una especie de poder productivo que atraviesa la subjetividad y se materializa en los modos individuales de entendimiento de sí. El sexo es el poder de producir los contornos, los límites y las diferencias de los cuerpos que controla. Es un ideal regulatorio cuya materialidad se impone y se desarrolla mediante ciertas prácticas sumarias. En otras palabras, es una construcción ideal que se perpetúa obligatoriamente a través del tiempo y de los espacios. No es una realidad simple o una condición estática de un cuerpo, es un proceso mediante el cual las normas reguladoras materializan el sexo y el sexo, a su vez, desarrolla la materialidad en virtud de la reiteración forzada de la norma dicotómica de los sexos.

Foucault, al criticar la configuración binaria de poder y el modelo jurídico de opresor y oprimido, nos ofrece algunas estrategias para la subversión de la jerarquía de género y al binarismo homo/hétero. Aunque Monique Wittig, al igual que Michel Foucault, rechace el “sexo natural”, la subversión de los opuestos binarios para Foucault, como señala también Butler (2003; 2003b), no es la transcendencia de Beauvoir y Wittig, sino su proliferación hasta el punto en que las oposiciones binarias dejen de tener sentido en un contexto en que las múltiples diferencias abundan. Como estrategia para hacer difuso el antiguo juego de poder de opresor y oprimido, Foucault no propone la transcendencia de las relaciones de poder, sino la multiplicación de sus diversas configuraciones de tal modo que el modelo jurídico de poder como opresión y regulación deje de ser hegemónico. Tal vez podemos retirar las bases de esta enseñanza que Foucault dejó para proliferar innumerables e ilimitadas formas de ser hombre y mujer, sea él y ella cishetero o LGBT, a tal punto que ninguna sea la “legítima forma”. El desafío de superar las relaciones y sistemas diádicos es implícitamente un desafío a las posiciones activistas LGBT que mantienen la diferencia sexual irreductible. Si el sexo natural es una ficción, entonces lo distintivo de las identidades LGBT son momentos puramente históricos del desarrollo de las categorías sexuales.



La proliferación de discursos sobre el eje género-sexualidad reside en la propia lógica de la dicotomía. A partir de las enseñanzas dejadas por Monique Wittig (2006) sobre el papel político de las categorías mujer y hombre, deberíamos interrogarnos sobre la oposición binaria entre la heterosexualidad y las identidades LGBTI. Así como el ideal de hombre universal fue efecto de intereses políticos que buscaron establecer a lo largo de la historia una hegemonía blanca, propietaria, adulta y heterosexual y la categoría “mujer” (con sus implicaciones en la ciencia, en las políticas y, a su vez, en la escuela) como el otro de ese hombre; las LGBTI vienen siendo un cuerpo discursivo alimentado por la lógica cisheteronormativa y caracterizándose como el otro de la cisheterosexualidad.

En la lógica binaria no residen apenas los discursos LGBTIfóbicos. En su otro extremo también están los discursos favorables a las LGBTI. Como estrategia política, esos discursos son deficientes, en la medida en que no fragilizan, de hecho, el sistema vigente cisheteronormativo y crean y alimentan otras dimensiones de subordinaciones. Se vuelve necesario atender para una alteración epistemológica, política y subjetiva que efectivamente destituya la lógica binaria y sus efectos. Bajo la óptica deconstructiva, sería necesario cuestionar los procesos por los cuales una forma de sexualidad (la cisheterosexual hegemónica) y un gobierno de género (el masculino) se volvieron la norma y empezaron a entenderse como ‘naturales’.

SEXUALIDADES: DUDA E INESTABILIDAD COMO PRINCIPIOS

Las dinámicas sociales permitidas en la actualidad nos colocan delante de sujetos facetados, con biografías que no obedecen necesariamente a las expectativas y con innumerables rupturas identitarias. Las ideas de cuerpos originadas y determinadas en identidades; tal como las descritas por el sexo, por la maternidad o paternidad, se fragilizan en los tiempos actuales. Con la pluralidad de modelos y las crisis en el mundo del trabajo y del capital, las referencias de masculinidades y feminidades se re-significaron en los cuerpos, los sexos y los deseos.

En la configuración movediza de los tiempos actuales, nos constituimos como sujeto en eterna construcción. Nuestros cuerpos se constituyeron como soportes de la creatividad sexual. Con esto, el viejo hábito humano de atribuir sentido al trayecto de vida ya no se cristaliza en formas ordenadas y rígidas como la humanidad un día juzgó pertinente experimentar. Con cada acontecimiento social, la historia se sujeta a una interpretación retrospectiva y nuevamente se



retroalimenta y (re)significa. De este modo, las expectativas, las aspiraciones y las voluntades proyectadas se volvieron dependientes de cadenas interconectadas de recuerdos del pasado. Es como si todo el tiempo revisáramos una lectura del pasado para justificar una configuración del yo, de los deseos, de la forma como nos colocamos en el mundo en el tiempo presente.

Nos comprendemos como seres singulares en las pertenencias sociales. Los vínculos que aproximan los sujetos unos de los otros son semejantes a los que establecen la reflexión de la propia vida, hacemos esa experiencia compartiendo los símbolos de las redes de pertenencia a las cuales estamos integrados y, a través de ellas, con los otros, que nos gobernamos o que nos buscamos a nosotras/os mismas/os. De esta manera, no dejamos de escribirnos, es decir, de componer los efectos de nuestra escritura biográfica en el cuerpo, al tiempo en que modelamos y autenticamos nuestros estilos, permitiendo reconocernos por los otros.

Observamos que para los sujetos, la figura de sí se construye en una multiplicidad de configuraciones sociales, entre las cuales la escuela, la familia, la religión (instituciones reconocidas en la tradición medieval o en la modernidad como instituciones integradoras) no ocupan necesariamente posiciones prioritarias. Las instituciones sociales que integran los sujetos en la posmodernidad son más ampliadas y complejas que las observadas anteriormente, en que tradicionalmente el tiempo-espacio de vida se dividía entre la familia, la escuela, el barrio, el trabajo, las actividades de esparcimiento y los grupos de pertenencia – a los cuales las instituciones religiosas se configura(ba)n como espacio privilegiado. Estos espacios ofrecían recorridos aparentemente estables y contornos ficticiamente coherentes; como por ejemplo, con el sexo. En la actualidad, en diferentes niveles, las instituciones descritas arriba hicieron una implosión en sus significados y usos. Sería difícil conceptuarlos o incluso atribuirles papeles y espacios de representación, aunque contradictoriamente estas instituciones sean reivindicadas para legitimar las elecciones y verdades de los sujetos.

En la sociedad posmoderna, el cuerpo del sujeto se convirtió en el soporte de pluralidad, sus deseos sexuales son los artesanos de su identidad y la libertad el límite de su creatividad. Los contornos y puntos que durante mucho tiempo referenciaron el sujeto universal, en la actualidad escapan entre los dedos de la mano o a una racionalidad iluminista. Esta situación de fragmentación del sujeto universal no está distante de las integradoras (escuela, familia, religión, etc.); esta se refleja en sus prácticas cuando verificamos agendas de varios colectivos de sujetos reivindicando espacios en los currículos y prioridades. Podríamos afirmar que la escuela es parte importante de esa maquinaria sociopolítica de legitimidad social de los colectivos de sujetos. Con los sujetos polimorfos, observamos la fragilidad o los años iniciales

de la falencia de los conocimientos disciplinares. En los espacios sociales actúan los más variados intereses, los cuales tienen sus prioridades, buscando el bienestar y la legitimidad. Es justamente en este contexto, que involucra las multiplicidades de formas de vivir, que los marcadores de géneros se desestabilizan por parte de la maquinaria productiva de la sexualidad.

Si contemplamos a la sexualidad como elemento de la curiosidad, una potencia de ideas, un dispositivo que desestabiliza las verdades identitarias, un deseo de ser amado/a y valorizado/a, que al valorizarse aprende a amar y a valorizar a las/os demás, es posible ampliar el contenido sobre la sexualidad, en lugar de limitarla al acto sexual y, a su vez, a la reproducción de los seres humanos. Si lo vemos así, el debate sobre esta se extenderá a toda la vida, a todos los sujetos que buscan inventar y experimentar las posibilidades del mundo. “Mi observación es que no debe entenderse la sexualidad como un tema aislado, sino como las condiciones para la aventura de crear ideas, de teorizar las cuestiones del amor y de la pérdida del amor y de advertir los grandes temas unidos a nuestra sexualidad” (BRIZTMAN, 2005, p. 65), nuestra necesidad y nuestra voluntad de estar en y con el mundo.

Así, aunque los discursos sobre las prácticas de los géneros busquen gobernar de forma dicotómica los cuerpos y establecer verdades sobre los sexos, la creatividad y el deseo proporcionado por la sexualidad manchan las prácticas y redimensionan los géneros que, a su vez, impulsan a repensar sus discursos sobre los límites sociales, políticos, sexuales, económicos... de hombres y mujeres. Debemos saber que esta situación no es lineal ni desencadenada por simples juegos. En el interior del propio orden, dentro de la propia lógica de regulación, existen resistencias y acuerdos entre los sujetos que subvierten la lógica instituida y permiten nuevos/otros arreglos sociales y afectivos.

¿Cómo serían los dispositivos creativos de la sexualidad? ¿En qué aspecto la sexualidad nos fascina? ¿En qué desestabiliza la sexualidad a los dictámenes políticos? La sexualidad, al cuestionar los límites heteronormativos de los géneros, potencializa un encuentro erótico con el saber, un romance placentero y provocativo con el conocimiento, una postura libertina, desconfiada e irónica con el dogmatismo y una insaciable curiosidad por la experiencia y, por eso, pensamos que la modernidad buscó aprisionarla en los códigos médicos, en las sentencias religiosas, en las disciplinas biológicas y en las buenas conductas burguesas.

Como parte de las provocaciones realizadas con las preguntas en el párrafo anterior, creemos que en estas configuraciones sociales posmodernas, presentes, sobre todo, en las relaciones urbanas, el cuerpo es el efecto de una maquinaria productiva movida por los deseos. La sexualidad, con su dimensión creativa, desestabilizó las pedagogías de géneros y desmontó

la ingeniería corporal de los sexos anatómicos (y esto implica reforma en los aparatos regulatorios y disciplinares). Con esto, sus marcadores identitarios tradicionales, como los sexuales, se han problematizado y desestabilizado por parte de innumerables formas de vivirlos y esto interfiere en las dinámicas sociales.

Sin la libertad de buscar y de inventar, no hay sexualidad *ars erotica* y, si bien entendida, la ampliación de la experiencia y de la humanidad. La ausencia de libertad impide el movimiento hacia el completarse que la sexualidad busca, que la experiencia necesita y que la humanidad suscita. Si la sexualidad es realmente la fuerza que nos lleva a la curiosidad, como nos advierte Deborah Britzman (2005), ¿qué tememos, al final? ¿La inestabilidad de nuestras seguridades sexuales/de géneros? ¿La desnaturalización de los límites impuestos a las mujeres?, ¿o la crítica a la heterosexualidad androcéntrica y normativa?

Como ya sabemos, el discurso de género es significado como efecto de sofisticados equipamientos educativos y formativos mantenidos por instituciones como el derecho, la medicina, la familia, la escuela, la religión y, sobre todo, el idioma, que producen cuerpos dicotómicos reconocidos como masculinos y otros identificados como femeninos. Esa dinámica busca ficticiamente obstaculizar otras posibilidades de identificaciones y de construcción de sexualidades lejanas a la lógica heteronormativa. Sin embargo, su ficción reside en el propio discurso que busca cohibir otros arreglos sexuales. Es en la represión productiva, como nos señala Foucault (1988), que se originan infinitamente (lo que impide una coherencia entre práctica/discurso/identidad/práctica) los discursos sobre la sexualidad. La sexualidad es uno de los elementos que nos permite la inestabilidad y, por lo tanto, la búsqueda de completarse y la curiosidad, el deseo de aprender y la pasión de ignorar lo que se impone al camino del aprendizaje (de cualquier orden) y de la felicidad. Le hacemos eco a Deborah Britzman (2005) cuando afirma que sin la sexualidad no existiría curiosidad. La sexualidad *ars erótica* es primordial para convertir al sujeto en ciudadana/o, para desarrollar la capacidad de inventar, una y otra vez, el valor para defenderse frente a los desafíos puestos en el mundo, para sentirse apasionadamente, para crear una vida a partir de los experimentos de aprender a amar y de hacer de este aprendizaje una declaración de afecto a la vida y al saber.

“La sexualidad ahora habla muchos lenguajes, se dirige a muchos tipos de personas y ofrece una cacofonía de distintos valores y posibilidades (WEEKS, 1998, p. 96)”. Su capacidad de inventar identidades, deseos, prácticas fragilizan cualquier seguridad y nos denuncian que aún con toda la intención de regular o de domesticar los cuerpos, en estos espacios existen grados de libertad: ese es el prerrequisito de la sexualidad, de la invención y de la experiencia.

Por eso, la sexualidad es tan temida y es capaz de generar tantos discursos. Su estrecha relación con la libertad asusta a las almas de la arrogancia porque fragiliza sus verdades y seguridades.

PALABRAS IN-CONCLUSIVAS

Como ya fue mencionado, la ausencia de libertad impide el movimiento de búsqueda por completarse que la sexualidad, como dimensión de la humanidad, eternamente persigue con la experiencia. En otras palabras, existe un nexo entre la sexualidad, el placer de la experiencia y la curiosidad por el saber. A ese movimiento infinito en búsqueda de completarse y en búsqueda del conocimiento (subversivo, por ser creativo), le podemos llamar deseo creativo. ¿Quién no conoce sujetos que, aún con adversidades, apasionados por una idea, recurrieron a conquistas ya obtenidas para alcanzar otros deseos? Sin duda, la potencialidad pedagógica de la sexualidad, aquí entendida como la curiosidad por la experiencia, podrá hacer emerger otra configuración en la práctica de la vida. No se trata de aprisionarla en los discursos sobre el acto sexual, sino de ampliarla hacia las prácticas y experiencias que, en el placer de producir el cuerpo y la vida, asigne la invención de sí y, a través de sí, el conocimiento del mundo.

Es en la dinámica de conocimiento del mundo que la sexualidad asume dimensiones significativas en la política. Parafraseando a Deborah Britzman (2005), el derecho a la libertad de ejercer la sexualidad se compone de pequeñas acciones cotidianas, pero de profundo significado en la organización sociopolítica: el derecho a inventar el Ser como posibilidad, a elaborar y ejecutar lo que le da placer y constituir de forma singular el Estar en el mundo, la dignidad, la información adecuada a las necesidades, la formulación de infinitas preguntas y la obtención de preguntas como respuestas, la adhesión a lo que socialmente le fascina, la curiosidad sobre lo desconocido y, sobre todo, el derecho de amar y con el amor transformar los dogmas del mundo.

Para la conquista de estos colectivos de derechos, la sexualidad exige condiciones básicas: comida, ropa, vivienda, educación, salud, democracia, placer, ciudadanía, libertad, autoestima y satisfacción... vida. La cultura y las necesidades políticas nos sugieren una relación con las necesidades sociales. La sexualidad *ars erotica* está más cercana a la libertad que permite la construcción de sentidos y usos que las trampas codificadas por la *scientia sexualis*. La primera está más presente en las prácticas cotidianas de los sujetos comunes que en los programas gubernamentales y en las acciones no-gubernamentales que buscan codificarla o establecer verdades sobre ella.



La soñada libertad o la opción de crear nuevos tipos de libertad y nuevas preguntas a la vida son la base de la sociedad democrática y de la posibilidad de construir infinitamente el concepto de ciudadanía, de modo que este se ajuste a las necesidades de los colectivos de sujetos. La sexualidad, como dimensión de la política y de la cultura, es el lugar de lo imposible, es el espacio en que el sujeto deja sus contribuciones y se vuelve protagonista de su práctica e invención. Con ella, en situaciones democráticas, el fin de la vida es el límite de la creación.

Lo incompleto de la sexualidad nos hace pensar en la ciudadanía, porque esta última no consiste en recibir sin postular un acto en el cual los sujetos dejan sus contribuciones a las necesidades sociales, al pensamiento y a la elección de estilos de vida. Aunque el mundo exista sin nuestra presencia, nuestra presencia en el mundo nos exige mucha creatividad para inventarlo. Para que el mundo tenga sentido debemos crear/significar lo que ya contiene, debemos aprender a cuestionarlo y a inventar lo que aun no existe en nuestras peticiones en el mundo. En este sentido, vivir creativamente es también una condición para crear/ampliar la democracia y crearse con la democracia.

En el momento en que la palabra “pensar” está cada vez más vacía de significado y que el “pensamiento crítico”, favorecido por la intensa proliferación de tecnologías y discursos salvacionistas, nos lleva a innumerables sentidos, tal vez sea urgente detenerse en la dimensión política, social, pedagógica y ecológica de lo que significa pensar. Al final, ¿no es en las vidas creativas que vale la pena vivir?

Referências

BEAUVOIR, Simone. **El segundo sexo**. Madrid: Cátedra, 1975.

BRITZMAN, Deborah. Educación precoz. In. STEINBERG, S.; TALBURT, S (eds).

Pensando queer: sexualidad, cultura educación. Barcelona: Graó, 2005.

BUTLER, Judith. **Problemas de gênero**: feminismo e subversão da identidade. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003a.

_____. Variaciones sobre sexo y género. In. LAMAS, Marta. **El género**: la construcción cultural de la diferencia sexual. Ciudad de México- México: UNAM-PUEG, 2003b. p. 303-326.

FOUCAULT, Michel. **História da sexualidade** - a vontade de saber. Rio de Janeiro: ED. Graal, 1988. Vol. 1.

MOGROVEJO, Norma. **Um amor que se atreve a decir su nombre** – la lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina. México: Plaza y Valdés, 2008.

RICH, Adrienne. **Sobre mentiras, secretos y silencios**. Barcelona: Icaria, 1983.

SPARGO, Tamsin. Foucault y la teoría queer. Barcelona-ES: Gedisa, 2004.

WEEKS, Jeffrey. **Sexualidad**. Ciudad de México: UNAM/PUEG/Paidós género y sociedad, 1998

WITTIG, Monique. **El pensamiento heterosexual y otros ensayos**. Barcelona – España: Egales, 2006.

DIÁLOGOS E CONFLITOS SOBRE PESQUISA EM SEXUALIDADE

Resumo: O presente ensaio pretende pensar o campo de produção de conhecimentos que criticou o sistema epistemológico dominante baseado na universalidade. Nós focamos nas contribuições feministas às transformações que têm acontecido nos paradigmas científicos, nos discursos políticos e nas práticas sociais, especialmente no que tange à noção de diferença e de desigualdade no cenário acadêmico, bem como na flexibilização das fronteiras disciplinares. Em um primeiro momento do texto, problematizamos os projetos de construção de identidades (sexuais). Posteriormente, apresentamos algumas discussões em torno aos governos dicotômicos de gêneros e as instabilidades proporcionadas pelas sexualidades. Por último, pensamos algumas possibilidades de pesquisas em sexualidades.

Palavras-chave: pesquisa; sexualidade; epistemologia; feminismo

DIALOGUES AND CONFLICTS ABOUT RESEARCH ON SEXUALITY

Abstract: This essay intends to think about the field of knowledge production that criticized the dominant epistemological system based on universality. We focus on feminist contributions to the transformations that have occurred in scientific paradigms, political discourses and social practices, especially in regard to the conception of difference and inequality in the academic setting, as well as in the flexibility of disciplinary boundaries. At the beginning of the text, we problematize (sexual) identity construction projects. Subsequently, we present some

discussions about dichotomous gender governments and the instabilities provided by sexualities. Finally, we think of some possibilities of research in sexualities.

Keywords: research; sexuality; epistemology; feminism.

Recebido em: 14/10/2019

Aceito em: 10/12/2019